MIGUEL PORTOLÉS

¡Hemos terminado!

DIALOGO

ORIGINAL Y EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920

Para Emilio Portes, con sin-
cero afecto.

Miguel Portolés

¡HEMOS TERMINADO!

Madrid: Febrero 1920

¡HEMOS TERMINADO!

DIALOGO

ORIGINAL Y EN PROSA

DE

MIGUEL PORTOLÉS

Estrenado en el TEATRO LARA de Madrid, la noche del 31 de enero de 1920



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, M 551

1920

A Ernesto Vilches,

cultísimo actor y excelente amigo,

Miguel Portolés.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AURELIA........................	Antonia Herrero.
GONZALO........................	Alejandro Maximino.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha e izquierda, las del actor

NOTA: Importa muchísimo a la acción, observar en su espíritu, ya que a la letra no, las numerosas acotaciones, sin perjuicio, naturalmente, de cuantos otros detalles pueda aquella sugerir, encomendados al talento de los artistas y de la Dirección escénica.

Gabinete lujoso, con la menor simetría posible, muy a la moderna. Puerta en el foro. Una a la derecha. Cae la tarde. Plena invierno.

ESCENA UNICA

GONZALO y AURELIA

(Prolongado sonar de timbre, fuera, al levantarse el telón. Mucho después de haber subido éste, preséntase Gonzalo, sin frase, por el foro. Aurelia, oportunamente, por la puerta de la derecha. El, de «chaquet», trayendo con cierto desaliño y visible contrariedad, siempre dentro del sentido cómico del personaje, lo siguiente: Debajo de un brazo, una caja estuche de juego de bastón y paraguas; debajo del otro brazo, una caja de pinturas, una raqueta de tennis y varios paquetes y cajas más como de objetos regalos que el diálogo mencionará a su tiempo; en las manos, propiamente sostenidos por la base y reclinándolas sobre el pecho, dos figuritas de porcelana o de alabastro; Gonzalo, celoso y «fuguillas», viene movidísimo, efecto de los nervios, al primer término; mira muy fijamente y con aire de reto hacia el interior de la puerta de la derecha y cruza luego el proscenio repetidas veces, dejando entrever cierta resolución de orden moral, tan irrevocable como inmediata; en uno de dichos paseos queda de pronto como cortado y en actitud un poco ridícula al ver a Aurelia, refinamiento de la coquetería, que se presenta elegantísima, dentro de la sencillez casera, en la puerta que se indicó, acogiendo la presencia de Gonzalo con una delicada carcajada de confianza y de burla. Destáquese mucho todo ello.)

Aur. ¡Ja, ja, ja!...
(Prolongadísima pausa.)

Gonz. (Con exagerada extrañeza.) ¿Qué pasa?

Aur. (Sin dejar de reir.) ¿Usted?

Gonz. (Con sequedad.) Yo. (Queda parado de nuevo.)

Aur. (Riendo más.) Pero... ¿es usted?

Gonz. (Solemne y con creciente autoridad.) ¡Yo, yo, yo! Gonzalo González de la Gonzalera, barón de Montefrondoso, que vengo a cumplir mi palabra, empeñada anoche en el palco del Real, de terminar de una vez con la joven, encantadora y coquetísima Aurelia Mondoñedo, marquesa viuda de Fuenteflorida. (Sin dejarla contestar apenas.) ¿Qué pasa? ¿Eh?... Ah, no, creí. ¡Creí que pasaba algo! (Otra vez los paseos mudos.)

Aur. (Sin poder contener la risa.) Y, ni corto ni perezoso, trata usted de entregarme en propia mano...

Gonz. (Parándose de repente y asintiendo muchísimo.) Los regalos que de propia mano de usted recibí durante los once meses de nuestras nunca felices y hoy definitivamente malogradas relaciones amorosas.

Aur. ¿Y qué fundamento... no digo serio, pero ni medianamente razonable siquiera, tiene usted para amenazarme... por enésima vez, con romper conmigo?

Gonz. (Con profunda y cómica indignación, dentro de un gran asombro.) ¡Zapato! ¿Ahora salimos con esas?

Aur. Explíquese usted.

Gonz. ¿Cree usted que podía yo seguir soportando en silencio la marcadísima frialdad de usted, respecto de mí?

Aur. (Malconteniendo la risa.) Gonzalo...

Gonz. (Con enojo creciente.) ¿Sus desmedidas confianzas y extremadas coqueterías de usted para con todo el mundo, singularmente con muchos senadores concurrentes al Real?

Aur. Intimos de mi difunto.

Gonz. Que en paz descanse.

Aur. De quien heredé el título que ostento.

Gonz. ¡Por muchos años! Y haga usted el favor de no tirarme de la lengua...

Aur. (Con finísimo enojo.) ¿Qué quiere usted decir?

Gonz. (Con amor propio revelador de celos, y con tanta sinceridad como confianza.) Sencillamente, que en cuanto entra usted en su palco y se despoja del abrigo y comienza usted con sus gemelazos insultantes a atraerse la atención de palcos y butacas...

Aur. (Sin dejar de reir.) ¡Oh...!

Gonz. Y a lucir su provocativo busto, y a dejar oir el timbre de su voz, el... dulcísimo timbre de su voz, acuden a su palco de usted casi todos los senadores del abono, ni más ni menos que si oyesen el timbre de votación nominal.

Aur. (Tras de una carcajada,) ¡Muy... ocurrente!

Gonz. (Con más marcados celos.) ¡Hombre, pero qué desmedida afición hacia los senadores!.. ¡Ay... dichosos senadores! Como estuviese en mi mano el decreto de disolución, no volvían a reunirse las Cortes en la vida.

Aur. ¿Continúa usted alardeando de sus rabietas de niño... o de sus celos de colegial?

Gonz. (Indignado cada vez más.) ¿Luego para usted es puramente ridículo el que yo, que voy a casarme con usted, mejor dicho, que... iba á casarme con usted, trate de espantar, aun cuando sea a papirotazos, esa nube de moscones impertinentes?

Aur. (Muy espontánea) ¡Ja, ja, ja, ja!

Gonz. (Con caricatura y despecho.) ¡Ji, ji, ji, ji! (Otra vez solemne.) Pues apenas si estuvo expresivo y hasta inconveniente al aplicarle a usted el monóculo y al elogiar... tan de cerca su escandaloso descote de usted uno de los contertulios del palco.

Aur. ¿El marqués de Torrenevada?

Gonz. El mismo.

Aur. (Riendo compasivamente.) ¡Pobrecillo! Si tiene ochenta y dos años.

Gonz. (Con indignación sincerísima.) ¡Pero yo tengo veintisiete! (1)

Aur. (Sin concederle importancia.) Razón de más.

Gonz. (Muy extrañado.) ¿De más para qué?

Aur. Para que no atribuya usted a la confianza y a la galantería una malicia o una importancia de que carece de realidad.

Gonz. (Con despeho y asombro.) ¡Usted... no concede importancia a nada, carámbilis!

Aur. (Sonriendo siempre coqueta.) Y usted, en cambio, la extrema en todo.

Gonz. ¿Eh?... Pensaba usted que continuase yo anoche en el antepalco.. aburrido como un hongo, aguantando sonrisas irónicas de la

---

(1) El actor puede decir la edad que mejor «le vaya».

tertulia, e incluso la piadosa pregunta, formulada *sotto vocce*, de... ¿Quién es el que va a casarse con Aurelia, el marqués o Gonzalo?

Aur. (Riendo más.) Y por eso cometió usted la tremenda incorrección, que le perdono, de salir de estampía, con aquella terrible amenaza... (Ahuecando cómicamente la voz.) «¡Hemos terminado!».

Gonz. Amenaza que ya he dicho vengo a cumplir.

Aur. Y yo le invito a usted a que retire en el acto esas dos palabras.

Gonz. Constan en el acta de mi dignidad. ¡No las retiro! ¡Vengan mis cartas y mis regalos!

Aur. Le seguiré a usted el humor para no hacerle la merecida descortesía de retirarme... dejándole con la palabra en la boca.

Gonz. (Con muy cómica sequedad.) ¡Gracias!

Aur. (Indicándole un bargueño.) En aquél mueble, que tiene la llave puesta, están todos los regalos de usted.

Gonz. ¡Encantado de la vida!

Aur. (Entre coquetería y amenaza.) ¿De manera que... hemos terminado?

Gonz ¿Cómo se habla? (Rotundo.) ¡Hemos terminado!

Aur. (Tras de una larga mirada y sonrisa.) Bueno, pues... allí los tiene.

Gonz. (Con extrañeza y enojo.) ¿No merezco la atención... de que se me entreguen en igual forma... que quiero yo hacerlo?

Aur. (Muy curiosa.) ¿Qué?

Gonz. Sí, en propia mano.

Aur. (Vacilando, pero accediendo.) Ya he dicho que quiero seguirle a usted el humor...

Gonz. Repetidas y anticipadas gracias. (Va ella al bargueño, lo abre y queda recogiendo cuanto a poco se indicará, de espaldas a Gonzalo. Este queda contemplándola como a pesar suyo y luego se interroga como a sí propio, con cómico y animado gesto, sobre la resolución que acaba de tomar. Cuídese mucho este detalle.)

Aur. (Con despectiva indiferencia.) Aquí los tiene usted, chirimbolo por chirimbolo. (Los deja todos sobre un sofá.)

Gonz. (Con cierta sorpresa y decepción ante el tono de Aurelia.) Chirimbo... ¡Horrible desencanto! ¡Ahora es cuando veo más claro que nunca!...

Aur. ¿El... qué?

Gonz. El poco, el... ningún cariño que usted me profesó.

Aur. ¿Pues?

Gonz. (Desconsoladísimo. Dentro siempre de la nota cómica.) ¿Llama usted hoy vulgarmente chirimbolos a lo que un día llamó promesas de amor?

Aur. Las... circunstancias.

Gonz. ¡Ah, vamos! Lo dice usted ahora... por mortificarme.

Aur. O para hacer justicia a su buen gusto y esplendidez de usted.

Gonz. ¿Lo dice también... con segunda?

Aur. Ande, ande usted, cargue usted con ello... sin más interrogaciones.

Gonz. ¿Pero... así? *¿Grosso modo?* ¿Englobado?

Aur. ¡Naturalmente!

Gonz. ¡Quiá! Objeto por objeto. ¡Con inventario verbal, pero en regla, para que no quede suelto ningún cabo!

Aur. No comprendo...

Gonz. Sencillísimo: yo le entrego a usted uno de mis regalos—es decir, de sus regalos—usted me entrega uno de los míos...

Aur. (Asintiendo mucho.) Los del velador van pasando al sofá...

Gonz. (Asintiendo más.) ¡Y los del sofá al velador, exacto!

Aur. ¡Muy bien! No dirá usted que no soy complaciente... y aun paciente en nuestra despedida.

Gonz. ¡Gracias por lo uno... y por lo otro!

Aur. ¡Ea, puede usted... empezar! (Van entregándose respectiva o mutuamente los objetos que irán citando. Ella deja los de Gonzalo sobre el sofá, después de tomarlos en propia mano, y Gonzalo, en igual forma, deposita los de Aurelia sobre el velador.)

Gonz. (Con indiferencia y enojo estudiado, como para herirla en su amor propio.) Ahí tiene usted el... par de figuritas. Romeo y Julieta, procedentes de alguna tómbola.

Aur (Amoscada, pero sonriendo.) ¿Duda usted hoy... de mi exquisitez?

Gonz. ¡Desde el momento en que me echó usted en cara lo de chirimbolos!...

Aur. ¡Ah..., ya! (Con la misma indiferencia mortificante que Gonzalo.) Tome usted la primera preciosi-

dad conque usted me obsequió: una polvera con su borla y todo, cosa que ya no se atreve a regalar ni aun el último enamorado del ramo de sedería.

Gonz. (Algo sorprendido.) Cuando se la entregué me dijo usted que en su vida había visto regalo tan original.

Aur. ¡Y lo sigo diciendo! (Carcajada burlona.)

Gonz. ¡Sí, eh?... Pues lo que toca a cuchufletas mortificantes, no me gana usted a mí. Ahí va esto: la pitillera ¡De un gusto tan deplorable, que habiéndola pedido usted a París... parece adquirida en Todo a 65!

Aur. (Más despectiva que él.) Para que hiciera digno *pendant* con este espejo (Por uno de mano.) adquirido, sin duda, en el Bazar X.

Gonz. (Con mucho retintín.) Y, sin embargo, la vez primera que se miró usted en él, exclamó con júbilo: ¡Qué divinidad!

Aur. Me refería a mi cara, no al espejo.

Gonz. ¿Es... modestia?

Aur. ¡Justicia!

Gonz. Prosigamos... en paz y en gracia de Dios.

Aur. Prosigamos.

Gonz. La caja de colores a la *gouache*. ¡Vaya unos colorcitos! No había más que verdes oscuros... y sienas tostadas.

Aur. Se equivoca usted. Principalmente había bermellón y blanco, y el testimonio irrefutable de ello está en la obra de arte que usted, pintamonas circunstancional, pero sintiéndose Wateau, puso en otro de sus regalos.

Gonz. ¿También la alegoría que le pinté a usted en el revés del abanico carece de mérito?

Aur. ¿Quiere usted que abra el abanico para recordársela?

Gonz. La recuerdo bien; el Amor terrenal divinizándose, elevándose... a las celestes regiones. Un corazón rodeado de blanquísimas nubes...

Aur. Solo que en lugar de eso le resultó a usted un pimiento colorado dentro de un nido de algodón en rama, véase la clase (Abre el abanico, enseñándole el revés, en forma que este sea visto por el público; la pintura, en efecto, está en consonancia con lo dicho por Aurelia, salvando la exageración.)

Gonz. (Algo decepcionado, cogiendo el abanico.) Verdade-

ramente se me fué un poco la mano.. en lo de las nubes. (Atenuando, con afectado elogio.) ¡Ah, pero el corazón no me negará usted que está haciendo... tac, tac! (Lo mueve como acompasando los latidos.)

Aur. ¡Sobre todo al abanicarse!

Gonz. Latiendo, palpitando lleno de vida. De vida. Lo que tal vez no pueden decir ciertos frívolos corazones.

Aur. Muy... intencionado eso último.

Gonz. Habrá usted notado que lo he dicho... con retintín.

Aur. ¡Como que es usted un irónico formidable!

Gonz. ¡Tanto como formidable!... Pero tengo, tengo mis toquecitos. Vengan más cosas.

Aur. Tome usted. El disco de gramófono. No lo apliqué una vez siquiera.

Gonz. ¿No lo estrenó usted?

Aur. ¡Claro que no! ¿En qué reunión de la buena sociedad se le ocurriría a nadie obsequiar a sus amistades y relaciones con el «Ven, Rodolfo, ven por Dios?»

Gonz. No hice otra cosa al regalarle el disco, que acatar un vehemente deseo de usted.

Anr. (Con indignación y extrañeza.) ¿Mío? (Signos afirmativos de Gonzalo. Ella prosigue con extrañeza e indignación creciente.) ¿Mío?... (Se repite el juego.) ¿Que ya le pedí a usted... música de *El anillo de hierro?*

Gonz. ¡Oh, pero qué duda cabe!

Aur. (Más indignada) ¡Se equivoca usted! Lo que yo le pedí fué *El anillo de Nibelungo,* que no es lo mismo.

Gonz. (Como haciendo memoria) Nibelun... (De pronto.) ¡Puede, puede, ahora... que caigo!

Aur. (Con tanto enojo como solemnidad.) ¡Ya lo creo que puede! (Grave.) ¡De Nibelungo! (Más grave.) ¡De Nibelungo!

Gonz. (Imitándole el tono.) ¡Carambungo? ¡Digo, caramba!

Aur. ¡Pues no faltaba más!

Gonz. ¡Bueno, hombre, bueno; no exagere usted! ¡Con haberme advertido oportunamente que me había equivocado de anillo, asunto despachado!

Aur. Decididamente, es usted un humorista terrible.

Gonz. Se hace... lo que se puede.

Aur. Tan terrible, que renuncio a proseguir el inventario... partida por partida, y ahí tiene usted, englobado, el resto del saldo que se sirvieron despacharle a usted. (Deja todos los restantes regalos en el velador.)

Gonz. (Pasando los restantes del velador al sofá.) Entre un saldo... y alguna rifa... Venga lo último y principal.

Aur. ¿Los retratos?

Gonz. Con las cartas.

Aur. (Enseñándole un paquetito.) Aquí están todas las de usted.

Gonz. (Lo propio.) Y aquí todas las de usted.

Aur. (Entregándoselo.) Treinta y nueve.

Gonz. (Lo mismo.) ¡Las cuarenta! Y puesto que el trasiego terminó, voy a llamar a mi lacayo... (Medio mutis. De pronto.) ¡Ah, una pregunta! Al dejar de ser novios, ¿continuaremos siendo amigos?

Aur. (Indiferente.) ¡Tanto me da!

Gonz. No he formulado bien la interrogación... Veré si ahora me sale. ¿Quiere usted que la ruptura de nuestras relaciones amorosas quede entre usted y yo... por algún tiempo, o prefiere usted que hoy mismo... demos la campanada?

Aur. (Con enojo y súbito interés.) ¿Eh? ¿Cómo?... ¿Qué quiere decir eso... de campanada?

Gonz. (Con indiferente persuasión.) Hombre, pues ya se sabe; campanada quiere decir, tolón, tolón.

Aur. ¿Por qué me propone usted el secreto? ¿Tengo yo algo que temer del motivo de esta ruptura? Por mí puede usted comenzar a divulgarla desde este instante.

Gonz. Sin embargo, estimo que mejor sería un término medio; ir enterando lenta y gradualmente a nuestras amistades.

Aur. ¿Eh?...

Gonz. Sí, enfriando ante ellas nuestro saludo. Por ejemplo: al cruzarnos en nuestros coches por la Castellana, en lugar de aquel mi sonriente y efusivo saludo de... (Vehementísimo y con gesto muy animado.) «¡Adiós, Marquesa, adiós, Marquesa!» No le choque a usted un ceremonioso y frío... «¡Adiós, Marquesa!» (Cual lo apunto.)

Aur. (Con gesto tan cómico como despectivo, imitándole esto último.) ¿Nada más que.. «adiós Marquesa?»

Gonz. ¡Naturalmente! Y usted, como es lógico, se reserva el derecho de contestarme de un modo académico... «Adiós, Gonzalo.»

Aur. (Con protesta sincera y viva.) ¡Quiá! Lo que le voy a contestar a usted donde me lo encuentre, es: «¡Adiós, Fuguillas, vaya usted con Dios!»

Gonz. A su discreción y elección de usted lo dejo, y perdone que me retire ya. (Con cierta íntima y mal disimulada vanidad.) Me esperan a las cinco en punto en el Ritz..

Aur. ¿Qué? (Queda con gran curiosidad.)

Gonz. (Marcando mucho la frase.) En punto, en punto a las cinco, para tomar una taza de té, seguida de unas vueltecitas de tango o de fox-trot. Hay reunión... de gente *chic*. Gente conocida.

Aur. (Con amor propio y curiosidad creciente.) ¡Hola... hola!

Gonz. (Más significativo.) ¡Ni más ni menos!

Aur. Y... ¿quién, quién puede esperarle a usted en el Ritz, con puntualidad tan británica?

Gonz. (Con nueva y falsa modestia.) La... Duquesita del Rosellón.

Aur. (Viva y con celos.) ¿Carmencita Vargas?

Gonz. (Asintiendo sonriente.) Carmencita Vargas.

Aur. (Risa un poco maliciosa.) ¡Ja, ja, ja!...

Gonz. (Con exagerada extrañeza.) ¿Por qué se ríe usted?

Aur. (Reprimiendo la risa.) Por... nada. Por la coincidencia de que siempre que viene usted... tan belicoso, es ella, Carmencita, la que le está esperando.

Gonz. (Riendo engreído.) ¡Casualidades!

Aur. (Con mucho mimo, con voz muy queda y como desinteresado consejo a partir de lo que sigue.) ¿Es quizá, su... paño de lágrimas de usted?

Gonz. (Más engreído y sin dejar de reir.) Mi... pañolito, nada más. Un pañuelo muy chiquitín. ¡Pero se necesita tan poca tela para secar una lágrima!

Aur. ¿Hubo ya... lagrimitas y todo?

Gonz. (Mas engreído.) Por... parte de ella, nada más.

Aur. Ah, entonces, el paño de lágrimas.. es usted.

Gonz. ¡Pchs! (Con afectación y misterio.) ¡Cosas! (Pausa.)

Aur. ¡Vaya, vaya, vaya... con la duquesita y con Gonzalín! ¡Y yo que creo que no harían ustedes dos... mala pareja!

Gonz. ¡Je, je!... Eso dice ella.

Aur. ¡Carmencita!... ¡Mi buena amiga Carmencita! Mire usted por dónde, a partir de este mismísimo instante me instituyo en protectora de esas relaciones.

Gonz. ¿Usted? (Un poco extrañado.)

Aur. (Muy afirmativa.) ¡Yo! A tal extremo, que si permaneciese usted junto a mí un solo minuto más, creería yo cometer una infidelidad tremenda con tan simpática y buena muchacha. (Metiéndole exageradas prisas.) ¡Ya se está usted largando!

Gonz. (Sin moverse apenas y con extrañeza creciente.) Ahora, ahora voy...

Aur. ¡No dejo transcurrir ni un segundo! (Empujándole hacia el foro fina y disimuladamente.) ¡Ande usted! Pronto...

Gonz. (Continúa remiso.) Espere, espere usted que recoja mis chirimbolos. Voy a llamar al lacayo...

Aur. Llamaré yo a mis criados para que le avisen... ¡Un golpe de timbre y ya están aquí! (Buscando el de la puerta.)

Gonz. (Rápido y con contrariedad.) ¡No! ¡No... llame usted! (Pausa solemne.)

Aur. (Muy extrañada.) Como usted quiera.

Gonz. Así como así me sobra tiempo para fumarme el último pitillo al lado de usted... (Saca la pitillera.) ¿Usted me permite?

Aur. (Muy solícita.) ¡Sí, señor! ¡No faltaba más!...

Gonz. ¡Gracias! (Sin saber que añadir, de pronto.) ¿Cómo le parece a usted que lo encienda, sentado o de pie?

Aur. ¡Como mejor le salga a usted el humo!

Gonz. Agradecido, y opto por sentarme. (Se sienta, enciende; pausa, tararea.) Larará larará... tarará, rá, rí...

Aur. (Cual por preguntar algo.) ¿Tararea usted?

Gonz. (Como anteriormente.) ¡Cosas! (Nueva pausa ya un tanto embarazosa para él, con afectada indiferencia y exceso de familiaridad.) ¡Pero siéntese usted Aurelita!

Aur. No sé si debo... (Se sienta también.)

Gonz. ¡Está usted en su casa!

Aur. ¡Gracias! Ayala, 124, la suya!

Gonz. O sea esta misma.

Aur. ¡Exacto!

Gonz. Perdone, me hice un pequeño lío... (Cantu-

rreando de «Molinos de viento» en voz muy queda y afectando indiferencia.)

¿Qué tie-nes en la mira-a-a-a-da?...

(Nuevo y embarazoso silencio: de pronto.) Por mí no se prive usted de cantar lo que se le antoje. (Coge la raqueta de tennis y se abanica.)

Aur. Es usted muy amable. (Canturrea como él.)

Yo he pa-sa-do la vida en un sueño...

Gonz. ¿Qué tienes en la mi-ra-a-a-a-da?...

Aur. ¿No sale usted... de la mirada?

Gonz. No. ¡Me gusta mucho la romanza del oculista!

(Quedan canturreando los dos. Dan las cinco en un pequeño reloj de la estancia. Movimiento instintivo de ambos. Gesto de contrariedad en Gonzalo.)

Aur. ¿Ha... oído usted? (Riendo intencionadamente.)

Gonz. Sí. (Con enojo.)

Aur. Las cinco. (Sonriendo y con mayor intención.)

Gonz. (Con mayor enojo y sequedad.) Va adelantado.

Aur. ¡Va perfectamente!

Gonz. ¡Bueno! (Muy seco y contrariado.)

Aur. Marcha perfectísimamente.

Gonz. (Con mayor contrariedad.) ¡Lo he oído!

Aur. No sea que luego achaque usted su tardanza a que el reloj está loco.

Gonz. Quien está loco soy yo.

Aur. ¿Usted?...

Gonz. ¡Yo! ¡Me he puesto... nerviosillo!

Aur. ¿Por qué?

Gonz. Por... los nervios.

Aur. ¡Es original!

Gonz. ¡Originalísimo! (Súbito y en pie.) ¡Me voy! No vaya usted a figurarse que quiero apurar la colilla... (Dándole la mano.) Adiós...

Aur. Adiós.

Gonz. (Sube al foro, lento y pensativo. Retrocede y dice:) Un... último ruego.

Aur. Venga, si es el último.

Gonz. Como prueba de que sinceramente no me guarda usted rencor, ¿quiere usted aceptar, sólo a título de amigos, cualquiera de las chucherías que acaba usted de devolverme?

Aur. ¿Por qué no?

Gonz. (Con gratitud exagerada.) ¡Oh, no esperaba yo menos!... ¿Cuál... de ellas prefiere?

Aur. (Indiferente.) Cualquiera. La de menos valor entre todas. ¡La polvera mismo!

Gonz. (Muy obsequioso y solícito en extremo.) ¡Por Dios! Exagera usted la modestia del regalo. Tome usted el espejo, que vale algo más.

Aur. No.

Gonz. ¡Le ruego a usted... que lo acepte del mejor grado!

Aur. He dicho que no.

Gonz. (Con insistencia y cómica súplica.) ¡Mírese usted en ese espejo!...

Aur. ¡Ja, ja, ja! (Risa franca.)

Gonz. No lo dije como chistecito, sino a tenor de que se encontró usted divina al mirarse en él.

Aur. Aceptado, pero solo permito que me siga llamando divina el espejo; usted ya no. (Al ver que se quedó pensativo e inmóvil.) ¿Qué espera usted?

Gonz. (Cual condolido de la omisión.) ¡Y... lo pregunta usted! Lo menos que ha podido usted hacer para corresponder a mi atención, es ofrecerme una de las chucherías que yo le acabo de devolver.

Aur. Como... amigos, naturalmente.

Gonz. Como amigos, claro.

Aur. Tome usted; la pitillera.

Gonz. (Llevando su satisfacción al extremo de besar el regalo.) ¡Oh, lo que yo estimaba más entre todo! ¡La pitillera! ¡Un verdadero objeto de arte! ¡Qué elegancia! ¡Qué sencillez! ¡Qué gusto tan depurado!... (Queda besándola más y más, dándole de nuevo la mano.) Adiós... (Otro medio mutis, de pronto entre temor y ruego.) ¿Aurelia?..

Aur. (Con respetuosa extrañeza.) ¿Qué?

Gonz. (Con mayor ruego.) ¿Quiere usted ahora... siempre dentro de la amistad, cambiar esta caja de guantes por El anillo de Luxemburgo?

Aur. (Riendo.) ¡De Nibelungo!

Gonz. ¡Eso, Nibelungo!... ¡Cuando se nos enreda una palabra!...

Aur. Complacida también, y con permiso de usted... (Intenta retirarse por la puerta derecha.)

Gonz. (Deteniéndola.) ¡Aurelita!...

Aur ¿Qué... mas... quiere usted?

Gonz. (Sin abandonar el sentido cómico con cierta ternura creciente.) Si no desea usted que se lo supli–

que, y para ahorrar un nuevo inventario, ¿quiere usted hacer el favor de cambiar... todo eso por todo esto? (Aludiendo al resto de los respectivos regalos.)

Aur. (Muy coqueta y con una larguísima mirada.) ¿Cómo... amigos?

Gonz. (Protestando con vehemencia.) ¡No! (Con un apasionado y sincero arranque.) ¡Como novios!

Aur. (Carcajada de triunfo.) ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Gracias a Dios que me pagó usted la rabieta!

Gonz. ¡Como me pasa siempre, vaya una novedad!

Aur. Pero... ¿Qué diría la que le está a usted esperando?

Gonz. ¡Bah, bah!... ¡Demasiado, adivinó usted que quien me espera es la taza de té, únicamente!

Aur. ¡Muy gracioso!

Gonz. (Muy agradecido y mimoso.) ¿Quedamos en que vuelven todos los regalos... a sus respectivos destinos?

Aur. Por devueltos, y no en calidad de... chirimbolos.

Gonz. ¡Gracias! (Los besa casi todos de pronto, con tan sincera como cariñosa súplica.) ¡Pero, por Dios, Aurelita, ya que hemos hecho borrón... y cuenta nueva, sea usted... un poquito, siquiera un poquitín... más juiciosa.

Aur. Haré... lo posible, a condición de que procure usted ser un poco menos fuguillas.

Gonz. ¡Si sólo lo soy cuando me acuerdo del Senado!

Aur. (Entre solemne y burlona.) ¡Cuente usted con el decreto de disolución!

(Todo lo que sigue hasta el final, con satisfacción y animación crecientes, quitándose mutuamente la frase.)

Gonz. Pues pelillos a la mar...

Aur. A olvidar tiquis miquis...

Gonz. A casarnos cuanto antes...

Aur. A ser muy felices, muy felices, muy felices...

Gonz. ¡Y hemos terminado! (Un abrazo efusivo. Telón.)

FIN DEL DIÁLOGO

Obras del mismo autor

Salir del paso, juguete cómico en un acto, original y en prosa.

Los futuros yernos, comedia en dos actos, original y en prosa.

Nelet el d'Alboraya, juguete cómico bilingüe en un acto, original y en verso.

Sin pluma y cacareando, juguete cómico en un acto, original y en prosa.

El punto de vista, juguete cómico en un acto, original y en prosa.

La figuranta, juguete cómico en un acto, original y en prosa.

¡Me gustan todas!, juguete cómico en un acto, original y en prosa.

El pianista, juguete cómico en un acto, original y en prosa.

Petición de mano, juguete cómico en un acto, original y en prosa.

La Tentación, humorada lírica en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa, música del maestro Manuel Penella.

Oro y sangre, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa, música del maestro Pablo Luna.

La ppimera mirada, juguete cómico en un acto, original y en prosa.

La del alba sería..., entremés, original y en prosa.

¡Hemos terminado!, diálogo original y en prosa.

Como los Muertos —

De mala raza —

[illegible] —

Precio: UNA peseta